

SIR STEVE STEVENSON

# Agatha & Mistry

EL TESORO DE LAS BERMUDAS



Agatha Mistery, aspirante a detective con un olfato extraordinario, rueda por el mundo con el chapucero de su primo Larry, su fiel mayordomo y el gato Watson para resolver los misterios más intrincados.

EL TESORO DE LAS BERMUDAS: Océano Atlántico: se desencadena una tormenta muy violenta. Un calendario maya de oro macizo, de un valor incalculable, desaparece en uno de los lugares más misteriosos del planeta, ¡el Triángulo de las Bermudas! Esta vez, los dos primos Agatha y Larry Mistery tendrán que enfrentarse no solo a un avaricioso y peligroso criminal, sino también a las antiguas divinidades marinas...

## Participantes

### ***Agatha***

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.

### ***Larry***



Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

### ***Mr. Kent***



Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

### ***Watson***



Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

### ***Tío Conrad***



Enérgico, atlético y bronceado, tiene un paruqe acuático ¡y es muy amigo de los delfines!

## Destino: Océano Atlántico - Las Bermudas



### Objetivo

Descubrir si un calendario maya de incalculable valor ha desaparecido en el famoso Triángulo de las Bermudas.

A Jacques Cousteau y al resto de valientes exploradores de barcos hundidos

Me gustaría dar especialmente las gracias a todas aquellas personas que, entre bastidores, se encargan de los libros de Agatha Mistery: Elisa Puricelli Guerra, Giovanna Canzi y Benedetta Galante. Le agradezco la documentación al biólogo marino Bruno Díaz López; y, con respecto a la construcción de la trama, a mi amigo Gianfranco Calvitti.

## Prólogo. Empieza la investigación

Aquella mañana de un sábado de finales de enero, el aspirante a detective Larry Mystery, alumno de la prestigiosa escuela Eye International, no cabía en sí mismo de lo emocionado que estaba. Acababa de recibir un correo electrónico de su amigo Mallory en el que lo invitaba a su fiesta de cumpleaños.

Para Larry esta era una noticia fantástica. Le había costado mucho levantarse de la cama para asistir a la clase de Espionaje y Contraespionaje desde la pantalla de su ordenador, y ya llevaba un par de horas sin dejar de bostezar. Esperó con impaciencia a que diesen las doce, se despidió educadamente del profesor DM31 y releyó la invitación.

La celebración empezaría a las ocho en el Fashion Time, un exclusivo local del centro de Londres. La fiesta era temática y estaba dedicada a los años setenta del siglo pasado; los invitados tenían la obligación inexcusable de vestir ropa inspirada en la música disco, un género muy de moda en aquella década. En la invitación podía verse a unos chicos con pantalones de campana, camisas de colores con el cuello de punta, chalecos tan ceñidos que producían una sensación de asfixia y zapatos con cinco centímetros de tacón.

A Larry le encantaba esta clase de extravagancias y aceptó el desafío entusiasmado. Comió un plato de patatas fritas que llevaba al menos tres días en la nevera y, después, comenzó a rebuscar en su armario, donde solo encontró vaqueros, camisetas y trajes que su madre le había comprado para ocasiones especiales.

Nada que le sentara bien.

Decepcionado, consultó varias páginas de internet en busca de algo más seductor. Después de navegar durante una hora, se detuvo en un vídeo de John Travolta de la película *Fiebre del sábado noche*. La manera de moverse del actor era fluida y magnética, y el ajustado traje blanco que llevaba era perfecto para la fiesta.

Larry se acercó hasta una tiendecita de ropa *vintage*, situada a unas cuantas calles de su ático. Allí se gastó toda la paga semanal y luego volvió a casa arrastrando una gran bolsa. Se dio una ducha y comenzó a arreglarse con calma: a las siete todavía estaba delante del espejo perfilando los últimos detalles de su imagen.

—¡Esta noche ninguna chica podrá resistirse a mis encantos! —afirmó satisfecho mientras se abotonaba el chaleco. Remarcó la frase con un dedo apuntando al cielo y dando un golpe seco con la cadera, tal como había visto que hacía John Travolta. Para su sorpresa, el movimiento le salió perfecto.

Solo le faltaba un poco de colonia y ya podría salir. Cogió el frasco y presionó el vaporizador completamente despreocupado.

—¡Ay! —gritó cuando el espray le fue directo al ojo—. ¡Cómo escuece!

Corrió hasta el lavabo, se lavó la cara con agua hirviendo, volvió a gritar, se frotó más fuerte, soltó otro chillido de dolor y, finalmente, al cabo de unos interminables momentos de dolor, se pasó con cuidado la toalla húmeda por el ojo derecho. Gruñendo, abrió los párpados y vio lo que había conseguido: el ojo parecía una bola de billar llameante!

—¡Oh, no, necesitaré un litro de colirio! ¿Dónde lo habré dejado? —El joven detective se desesperó dando vueltas sin rumbo por el piso. Medio ciego como estaba, iba chocando con los muebles y tirando al suelo montones de tebeos y revistas—. Quizás esté en el botiquín...



Abrió la puerta del cuarto de los trastos y, frenético, vació la caja de los medicamentos. Desgraciadamente, estaba llena de tiritas, desinfectantes y algodón, pero no había ningún colirio.

Mientras, el ojo se le había hinchado bastante.

—¡No puedo presentarme así a la fiesta! —gimió—. ¡Tengo que pensar alguna estrategia!

Pensó durante unos pocos minutos, sin dejar de mirar la hora. Habían dado las ocho y, seguramente, la fiesta ya habría comenzado. Justo entonces chasqueó los dedos.

—¡Qué burro he sido! —exclamó—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Había encontrado una solución; quizá fuera un poco ridícula, pero era lo mejor que podía hacer ante aquella emergencia.

Veinte minutos más tarde apareció en la fiesta silbando alegremente. Se había planchado un mechón de cabellos sobre el lado derecho de la cara para que así ninguno de sus amigos pudiera ver el ojo hinchado que se ocultaba debajo. Después de los saludos, el joven detective se hizo con una bandeja de canapés y se sentó en un pequeño sofá, en el rincón más oscuro de la pista de baile. Los invitados bailaban bajo una enorme bola estroboscópica que daba vueltas e impregnaba la sala de coloridos resplandores.

—¿No vienes a la pista? —le preguntó Clarke después de haber estado un rato meneando la barriga al ritmo de la música.

Larry fingió que era un entendido, cruzando las piernas y tirándose palomitas directamente a la boca.

—Estoy ahorrando energías —sentenció—. ¡Las mejores canciones suenan siempre al final!

Clarke rió, volvió a menear la barriga y se perdió entre la multitud.

Al final de una canción *funky* que había entusiasmado a la gente que había en la pista, llegó el turno de Mallory.

—Esta noche tengo mucha suerte, Larry —le dijo—. Si no te levantas del sofá, ¡te acabaré quitando a todas las chicas!

Larry iba a responderle con un chiste, pero en ese momento comenzaron a cantar «Cumpleaños feliz» y se llevaron a su amigo al centro de la pista para que cortara un enorme pastel que había aparecido de la nada.

En medio de la confusión general, el joven detective valoró rápidamente los siguientes movimientos que debía realizar. «Ahora es el momento adecuado para largarme —pensó—. Tendré que usar alguna de mis increíbles técnicas de distracción para salir de aquí sin que nadie se dé cuenta.» Justo en el momento de levantarse, notó un ligero golpecito en la espalda.

—¿Dónde vas? —preguntó una voz femenina—. ¿No te gusta la fiesta?

Larry se dio la vuelta de golpe y miró extrañado a la chica que se había parado delante de él. Era alta y esbelta, con una cascada de rizos dorados y unos deslumbrantes ojos de color esmeralda. No había ninguna duda: era una auténtica preciosidad.

—Llevo toda la noche observándote —continuó ella con una tímida risita—. Me gusta la gente original. —Le dio la mano—. Me llamo Linda, ¿y tú?

—Eeeh... soy Larry —respondió él balbuceando por la vergüenza.

—¿Te apetece bailar conmigo? —le propuso la chica.

—Eeeh... Naturalmente... Sí.

Fueron con lentitud hacia la pista, pero de repente Larry se detuvo y sacó una especie de teléfono móvil que vibraba como un loco en su bolsillo. Era el artefacto de alta tecnología que se daba a todos los alumnos de la Eye International para que llevaran a cabo las misiones de investigación por todo el mundo.

Nombre codificado: EyeNet.

Larry leyó el mensaje que aparecía en la pantalla y palideció de golpe.

—¿Qué?! ¿Se han vuelto locos!? —exclamó—. ¡Tengo que avisar a Agatha de inmediato!

—¿Quién es Agatha? —preguntó Linda, perpleja—. No será tu chica, ¿verdad?

Él estaba tan nervioso que ni siquiera la oyó.

—¿Me podrías dejar tu móvil? ¡El mío se oye fatal! —gritó.

Naturalmente, era mentira, pero no quería que los profesores de la escuela interceptasen la llamada del EyeNet y descubriesen quién le ayudaba en sus investigaciones.

Un momento después, fue a un rincón apartado para enviar un mensaje a su prima Agatha, mientras Linda lo esperaba junto a la pista. Tras mandarlo, le devolvió el móvil, se disculpó por el contratiempo y se fue a toda prisa al aeropuerto de Gatwick.

¡Acababa de iniciarse la peligrosa misión del Triángulo de las Bermudas!

## 1. Un gesto previsor

Agatha Mistery tenía doce años, dos menos que Larry, y un carácter diametralmente opuesto. Su primo era impulsivo, torpe y un entusiasta de todas las novedades tecnológicas; ella, en cambio, era reflexiva, le gustaba la tradición y pasaba su tiempo libre con la nariz metida en polvorientos libros.

No era extraño que fuesen tan distintos: el árbol genealógico de los Mistery estaba compuesto por una lista casi infinita de personajes únicos, dedicados con gran pasión a los oficios más estrafalarios.

Agatha, de vez en cuando, se ponía en contacto con sus parientes esparcidos por todo el mundo y se informaba de las últimas novedades. Para localizarlos con mayor facilidad, se había hecho construir un gran bola del mundo y, encima de sus lugares de residencia, había anotado su dirección y otras informaciones útiles sobre ellos.

Pocos meses antes, al volver de una expedición científica en Sudáfrica, sus padres habían visto la bola en la sala de estar y, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, estuvieron observándola.

—¡Fantástico! —exclamó su padre poniéndose la pipa entre los dientes y dándole un par de chupadas rápidas para que no se apagase.

La madre, en cambio, corrió a abrazar a Agatha.

—Tesoro, siento muchísimo que tengamos que dejarte sola tan a menudo —suspiró—, ¡pero pensamos en ti continuamente y estamos muy orgullosos!

—No te preocupes, mamá —contestó Agatha alegremente—. ¡Con Watson y mister Kent no me aburro nunca!

La chica buscó con la mirada a los otros dos inquilinos de la inmensa mansión victoriana que se erigía en la periferia de Londres. El gato Watson estaba enroscado alrededor de un jarrón Ming y se lamía su pelo blanquísimo. Mister Kent, en cambio, estaba entrando en la sala completamente tieso y con una bandeja de sabrosos canapés.

—¡Extraordinario! —repitió su padre acercándose a la bola del mundo.

—Todavía no he acabado la lista de los Mystery —dijo Agatha—. Debo actualizarla con las búsquedas que he transcrito en la libreta. ¡Todavía me queda bastante trabajo por hacer!

Desde entonces, Agatha había seguido añadiendo detalles sobre los excéntricos miembros de la familia Mystery. Era una tarea absorbente, pero eso no la asustaba; de hecho, de mayor quería ser una escritora de novela negra conocida en todo el mundo, y su pasatiempo preferido era recoger toda clase de noticias curiosas de la prensa.

También aquel sábado, después de cenar, estaba sentada ante el escritorio de su habitación para consultar un montón de libros e ir tomando notas, mientras Watson jugaba encima de la cama persiguiendo un ovillo de lana que ya estaba completamente deshilachado. En un momento dado, oyó tres leves golpes en la puerta y dejó de escribir.

—¿Está todo preparado, mister Kent? —preguntó ansiosa.

—Tal como lo ha dispuesto, señorita —contestó el mayordomo.

—¿Las maletas también?

—Sí, señorita.

—¿Y la bolsa de transporte de Watson?

—Ya está en el maletero de la limusina.

—¡Perfecto, entonces bajo de aquí a un instante!

La chica se puso un pequeño collar y un par de brazaletes de plata, y después se peinó el cabello rubio. El traje de noche que había elegido era gris con unos dobladillos de encaje y le favorecía mucho. Iba al Royal Theatre, el teatro más refinado de Londres y, naturalmente, ¡no podía quedar mal!

Entonces se frotó pensativa la naricilla encogida y se dirigió a Watson.

—¿Me prometes que te portarás bien? —le susurró—. Si descubren que te llevo dentro de la bolsa, nos abroncarán a los dos.

Como respuesta, el gato saltó al interior de la bolsa en bandolera. Agatha lo premió acariciándole la cabeza y bajó por las escaleras.

Cuando estaban en el garaje, el mayordomo le abrió la puerta del coche para que ella entrara. Mister Kent también iba muy elegante: en vez del esmoquin habitual, llevaba una americana cruzada de color malva y un pañuelo de cuello de seda azul marino. Solo aquella corpulencia de oso pardo y la nariz aplastada revelaban su pasado de boxeador profesional en la categoría de los pesos pesados.

—No nos olvidemos de activar fe alarma —dijo Agatha—. Tengo la sensación de que será un largo viaje.

Mister Kent activó el sistema de alarmas con el mando a distancia y se frotó el mentón cuadrado.

—¿De verdad está convencida de que el señorito Larry llamará esta noche? —preguntó dubitativo.

Aquella tarde, Agatha le había sugerido que hiciese las maletas porque estaba segura de que, muy pronto, tendría que irse con Larry en una misión de investigación. Como ya conocía la formidable intuición de la pequeña señorita, mister Kent había obedecido sin pestañear.

—Estoy segura de que sabremos algo de él —contestó Agatha sonriendo—. Tengo dos buenos motivos para creerlo. En primer lugar, ha pasado más de un mes desde su último examen —comenzó—. Me parece extraño que la Eye

International le tenga calentando banquillo durante un periodo tan largo.

—Ya lo entiendo —murmuró el mayordomo—. Entonces, ¿le ayudaremos a resolver un delito en algún rincón perdido del mundo?

—Como siempre —contestó ella.

—¿Y el segundo motivo, señorita?

Agatha se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Es evidente! Esta noche representan mi obra preferida, *Hamlet*, de Shakespeare, y Larry es especialista en fastidiarme los planes.

Mister Kent soltó una seca carcajada y volvió a conducir de forma desenvuelta y segura.

A las 20.15 le dejaron las llaves de la limusina al vigilante del aparcamiento del Royal Theatre, un edificio blanco de estilo neoclásico. La alta sociedad londinense desfilaba hacia el interior en una lenta y charlatana procesión.

—He reservado un palco solo para nosotros —le susurró la chica a mister Kent dándole con rapidez las entradas—. Tenemos que damos prisa, ¡ya noto que Watson está empezando a ponerse nervioso dentro de la bolsa!

Se escurrieron hasta llegar al segundo piso, cerraron bien la puerta y, finalmente, liberaron al gato de su escondrijo.

En un instante, Watson ya había saltado sobre el regazo de Agatha y estaba mirando a su alrededor con las orejas bien erguidas.

En el teatro, el ambiente era mágico. La imponente lámpara que colgaba del techo y los candelabros diseminados por todas partes hacían que la sala resplandeciera.

La intensidad de la luz disminuyó y los murmullos del público languidecieron hasta que se hizo un silencio absoluto.

Se levantó el telón y estallaron los aplausos.

La primera escena transcurría en los bastiones con almenas de un castillo, donde dos soldados aterrorizados habla-